

## LA REFORMA UNIVERSITARIA Y LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

### NOTA PRELIMINAR

*Debemos a la generosa bondad de la señora Elena Suárez, esposa del doctor Coriolano Alberini, muerto en Buenos Aires el 18 de octubre de 1960, el original del presente trabajo conservado entre los papeles de su archivo y que hoy se publica por primera vez.*

*Corresponde al texto de una conferencia tomada taquígráficamente, que Alberini pronunció en el año 1928, en un acto público destinado a conmemorar el décimo aniversario de la reforma universitaria.*

*La disertación —que se mantiene íntacta en su forma originaria con levísimos cambios de detalle— trasunta el estilo hablado, fresco, espontáneo y bellamente expresivo, tan propio y característico del maestro.*

*Las ideas de Alberini sobre la reforma universitaria no sólo se hallan contenidas en esta conferencia magistral, justamente celebrada en su hora por su enfoque novedoso, sino que figuran, también, en su artículo titulado “La ciencia pura y el profesionalismo”, 1930, y en el discurso, editado en folleto en 1941, “La patria en la Universidad”.*

*La doctrina de la reforma universitaria que formula y fundamenta Alberini, difiere sustancialmente de las interpretaciones comunes referidas al aspecto político y social del histórico movimiento. Decidido partidario de la intervención es-*

tudiantil en los cuerpos directivos, intervención que juzga útil y plausible como fermento renovador, censura, no obstante, el electoralismo y la demagogia, vicios que desnaturalizaron la prístina concepción de la cruzada del año 18.

*El ímpetu juvenil es siempre un torrente arrollador de energías al servicio de ideales puros y desinteresados. No hay que contenerlo, sino transformarlo en fecunda fuerza espiritual para vivificar los valores de la cultura.*

*El estímulo, la incitación cordial del alumno, evita, muchas veces, el anquilosamiento del profesor y, a su vez, aquél halla a menudo en torno de la cátedra una atmósfera propicia para el libre despertar de su personalidad. La enseñanza supone siempre esa recíproca comunión espiritual de dos seres: uno maduro, que enseña; otro inmaduro, que aprende y se forma.*

*Alberini sostiene que una interpretación política de la reforma no significaría más que exacerbar los males de la vieja universidad oligárquica, que tuvo de la ciencia un concepto fundamentalmente utilitario. "Sólo fue profesional y técnica, —afirma— y aun como técnica careció de valor".*

*Proclama la tesis de una reforma puramente intelectual, esto es, con un sentido filosófico, humanista, dirigida al propósito esencial de hacerla servir como instrumento para modificar la conciencia nacional y las bases de la cultura argentina.*

*Todo ello sin olvidar que la Universidad no puede substraerse olímpicamente del ambiente histórico en que actúa y debe, por consiguiente, so pena de perder su virtualidad, tener un fuerte acento social.*

*"Todos los problemas —dice Alberini— deben llegar a la Universidad, todos, aun los llamados peligrosos, precisamente porque los problemas constituyen el motor espiritual del pensamiento". Se entiende —claro está— que en el estudio de los mismos debe aplicarse con todo rigor el método científico, objetivo, para asegurar el máximo de independencia de criterio y serenidad de juicio.*

*Estos rasgos configuran la reforma profunda que postula*

*Alberini y excluyen, por lo tanto, todo tipo de universidad comprometida al servicio de la pasión militante.*

*La pedagogía que informa a esta última es deleznable, pues, propugna, en el fondo, que el espíritu del educando es “un pedazo de roca trocable en forma automática a golpe de cincel sectario”.*

*Coriolano Alberini es una figura de excepcional valor y prestigio en el campo de la cultura argentina y de la vida universitaria. Su nombre ha sobrepasado las fronteras geográficas del país y es reconocidamente famoso en los centros intelectuales de América y Europa. A ellos, en más de una ocasión, llevó su voz autorizada de expositor sólido y brillante.*

*Conquistó un fabuloso dominio docente por su claro talento filosófico, la fluidez y precisión de su lenguaje, el poder de su dialéctica formidable y su penetrante y agilísima aptitud para la comprensión de los problemas especulativos.*

*Tuvo, como pocos, la vocación de la enseñanza. Su personalidad se halla entrañablemente ligada a la faena universitaria, de modo especial a la Facultad de filosofía y letras de Buenos Aires, escenario predilecto de su magisterio oral y de sus ardorosas luchas por los ideales de la cultura. En esa casa estudió y luego enseñó, en clases memorables, durante casi cuarenta años. En la cátedra era una “fuerza verbal singularísima”, dice Luis Farré con caluroso tono admirativo.*

*En verdad, resultaba un goce estético finísimo disfrutar de su maravillosa palabra. Denso y diáfano, cautivaba a su auditorio con la gracia inimitable de su verbo límpido y armonioso, salpicado, a veces, de símiles retóricos imprevistos, de ironías sutiles, de humoradas chispeantes. En no pocas ocasiones, en su afán de crítico implacable contra el diletantismo y el repentismo imperantes, llegó hasta la burla despiadada y la irreverencia cruel. Por eso, tal vez, algunos de los alcanzados por sus dardos se empeñan hoy en una suerte de conspiración del silencio en torno a su nombre.*

*Alberini vivió "encariñado con la enseñanza —dice Diego F. Pró en libro definitivo—, que era para él una actitud vital". No quiso ser más que profesor de filosofía para enseñar, como le gustaba decir, "el culto lírico de la más alta forma de la verdad".*

*En la línea de los grandes decanos reformistas de la Facultad de filosofía y letras —Alejandro Korn, Ricardo Rojas y Emilio Ravignani— Coriolano Alberini fue electo tres veces para el desempeño de esa función de gobierno universitario. Desde ese cargo eminente le dio vigencia positiva a muchos principios de la auténtica reforma. Bajo este aspecto, fue un poderoso caudillo intelectual que influyó decisivamente en la enseñanza y en la orientación de la cultura filosófica.*

*Fustigó duramente el positivismo y el cientificismo ingenuo y dogmático, muy en boga allá por principios del siglo. Es su mérito sobresaliente y, gracias a su infatigable obra de revisión y renovación de métodos y sistemas, la filosofía alcanzó, entre nosotros, la dignidad y la jerarquía de una verdadera ciencia.*

*La obra escrita de Alberini es relativamente nutrida, aunque era reacio, como solía decir, a la pluma.*

*Se halla dispersa en ensayos, disertaciones y monografías que vieron la luz en revistas nacionales y extranjeras. Fue objeto de numerosas distinciones honoríficas, entre las cuales figura el título de doctor honoris causa que le otorgó la Universidad de Leipzig. En 1927 participó, como delegado único de latinoamérica, en el congreso de filosofía que tuvo lugar en Harvard, Estados Unidos.*

D. B.

LA REFORMA UNIVERSITARIA Y LA FACULTAD  
DE FILOSOFIA Y LETRAS

I

INTRODUCCION

La reforma universitaria cuenta con una densa legión de hermeneutas, entre los cuales, a veces, se encuentra, siquiera por vía de feliz accidente, algún auténtico universitario. Es de lamentar que los que han puesto toda su alma en la ciencia y en la cátedra hayan dejado el tema a los doctores de la exégesis sonora y de la retórica melodramática. Los verdaderos universitarios nada o muy poco han hecho para clarificar el ánimo estudiantil, siempre pronto al ímpetu, pero también a la comprensión cuando se les habla perspicuamente y con genuino amor de las cosas de la inteligencia. Nada más fecundo para el porvenir de la cultura que la colaboración de un sano espíritu juvenil. Esto es, precisamente, lo que no se les alcanza a los negadores sistemáticos de la reforma, siempre dispuestos a volver la cara, olvidando que la historia es el pretérito harto de sí mismo, y que la experiencia por sí sola no es sino el arte solemne de equivocarse en nombre del pasado. Pero, también, no menos nefasta resulta la confusa hermenéutica frangollada por los profesionales de la reforma, quienes bien traen el recuerdo de lo dicho por Voltaire a propósito de los escoliastas de *La Divina Comedia*: la plétora de comentaristas es una razón más para que no se entienda al autor comentado. A pesar de todo no repudiamos la copiosa hermenéutica segregada por las selectas almas de los corifeos de la nueva ge-

neración, pues, merced a tales comentarios, disponemos de magníficos documentos para diagnosticar la profunda identidad psicológica entre los viejos y los llamados nuevos. Ya veremos cómo la pretendida nueva Universidad es, en el fondo, la de siempre, vale decir extraña a la vida profunda del espíritu, pues, si bien se mira, casi todo se reduce a un poco de epiléptica danza electoral y a un tanto de desleído carmín destinado a disimular sus arrugas de ligera anciana positivista y diletante del 80.

La prole intelectual de esa generación ha dado no pocos expositores, grandes y pequeños maestros de la juventud, fecundos en peroratas donde se habla de todo, y, de cuando en cuando, también de la Universidad. Al parecer, recuerdan el tabaco oficial de Francia, en el cual, según dicen, hay de todo, además de tabaco. Empero, fuera injusto confundir los primeros pasos de la reforma, máxime tocante a la de Córdoba, con la degeneración ulterior que, a menudo, no fue sino la puja perentoria de cierto doctorismo impaciente, ávido de gobernar sin saber. Sabían, claro está, lo aprendido en la Universidad. Otra cosa creemos porque, de estar a los autos, cuentan con una novísima sensibilidad. La manida y afortunada expresión de Ortega y Gasset es poco precisa. Pero, quizás, tenga razón, sólo que los neosensibles de la Universidad siguen, en sustancia, disfrutando de la psicología de sus progenitores, vale decir, disponen de un alma irremediablemente política, pues en ellos continúa triunfando la vieja forma pragmática de la cultura argentina. Ningún asomo de algo realmente nuevo, cual sería instaurar la Universidad en torno de lo que constituye su esencia ética: *la pasión de verdad pura*.

La vieja Universidad no fue, en síntesis, sino una expresión de cierta oligarquía que tuvo de la ciencia un sentimiento fundamentalmente utilitario. Sólo fue profesional y técnica, y aún como técnica careció de vigor. Limitóse a cultivar un vago pragmatismo, pues la riqueza del país florecía con el trabajo y el capital extranjeros. Creó, eso sí, y hay que alabár-

selo, la atmósfera liberal como condición de la prosperidad vegetativa. Quizás algo análogo hallamos en el desarrollo de Estados Unidos, sólo que aquí el suelo rico fue explotado por hombres oriundos de una gran nación industrial. Pero la identidad de ambos pragmatismos no pasa de ahí. Norte América tuvo un espíritu religioso que fomentó el sentimiento de lo absoluto, estímulo inmediato de la meditación filosófica. Por eso produjo pensadores de la talla de Emerson, William James, Royce, Dewey, Santayana, etc. En medio de su erial utilitario hallóse un lugar para la cultura superior. En cambio, nosotros apenas si tuvimos un catolicismo formal, de tipo español, que no dio profundidad a nuestra vida íntima. Nada más pobre que la escolástica de la colonia, cuyos residuos se petrificaron en la Universidad de Córdoba. Por eso ningún temperamento sano podría lamentar, salvo tal o cual rasgo de violencia, el ardor estudiantil que hace diez años intentó quebrar la cáscara pseudo-escolástica de aquella Universidad. Semejante escolástica, ni siquiera tenía vitalidad como mera escolástica. Lejos de nuestro ánimo repudiar todo el pensamiento medieval. Tuvo su grandeza, y negarlo sería prolongar las polémicas filosóficas y políticas del siglo XVIII. ¿Qué fue dogmático? Sin duda, pero el pensamiento, cuando tiene vitalidad, puede resultar fructífero aún cuando por desgracia trabaje enjaulado. Era explicable, pues que, ante la impasibilidad de otros métodos, los jóvenes liberales hicieran travesuras ante los aspavientos del formalismo monacal, sacando la efigie de Lenin para infundir pavor a los sacerdotales. No obstante, el movimiento de Córdoba, más que un fenómeno estrictamente cultural, fue una juvenil explosión de liberalismo. No alentaba allí un claro y sustancial concepto de cultura. Buena prueba de ello ofrece una muy triste experiencia: el fracaso de no pocos de los nuevos catedráticos. Probaron con eso que ellos no sabían hacer bien lo que otros hacían mal. El caso resulta doloroso. Nadie ignora que fracasar en activa gestión de gobierno reformador, es buena base para una reacción.

Más tarde el reformismo cambió de acento, apareciendo tendencias un tanto distintas del romántico y simpático movimiento de la primera hora. Surge, por efecto del tumulto histórico del mundo, una nueva tendencia, exageración de tal o cual episodio secundario de las trifulcas liberales cordobesas. La reforma resuelve, por obra de algunos, fijar su domicilio legal en el Sinaí del redentorismo social a corto plazo y con métodos amables. Petróleo, yanquismo, bolivarismo, decadencia de Europa, visión providencial de América, merced a la sangre latina de todos sus componentes, Nicaragua, pastorales universitarias, etc.; en suma, estalla de súbito una tropicalísima nube de retórica. La acción se convierte en verbo y hace prodigios de trivialidades apocalípticas. Una vez más la definición que Pío Baroja diera de un Iberoamericano: es un sombrero de copa con un discurso adentro. La estética francesa había atenuado nuestra indiana propensión oratoria. Era éste uno de los encantos de la cultura literaria hispano americana. Por fin hablábamos con clara sobriedad, como querían Rubén Darío, Rodó y Groussac.

Estos gruesos retóricos de la acción, preconizan la latinidad, lo que no les impide tener una *forma mentis*, que es la negación absoluta del espíritu latino. Al revés, nos vuelve de los trópicos el tatuaje mental, ya casi agotado en el Plata por superior influjo de la estética gálica y el progreso étnico. ¿Qué fruto trajo esta resurrección de la retórica tropical? Entre otros, el de un pintoresco tipo de predicador vacuo y sonoro, sonoro de puro vacuo. Se trata de una especie de hierofante de la reforma universitaria. No le falta un cierto aire de compuesta fisonomía, y le sobra destreza en el arte de ulular su pamplina redentora. ¿Qué es para él la Universidad? Un gimnasio donde debemos entrenarnos verbalmente para probables hazañas históricas. Entre tanto, mientras aguarda su hora palingénésica, cultiva la industria electoral del idealismo juvenil. Y lo grave es que tiene algún éxito, pues logra ser prócer de la reforma en todas las Facultades de la Capital Federal

y las ciudades circunvecinas. Confesemos que en su género es simplemente admirable. Pero cludamos el engaño: se trata del eterno tipo dominante en la Universidad argentina, o sea del aficionado a la Universidad, mero soñador de gloria política, más que hombre de estudio. Concibe la Universidad como la antesala de la función pública. Le place la nombradía fácil, antes que un decoroso prestigio intrínseco. Más aún: ni siquiera es verdadero hombre público. No le sobra pasta de tal, pues, más que la acción efectiva, cultiva la retórica de acción. Repite el caso frecuente entre nosotros, del hombre de vocación imprecisa, resultando así, que ni es hombre de gobierno ni de pensamiento. Evoca cierto tipo, antes y ahora, muy difundido: el del semi-intelectual que se vale de la política para lograr prestigio universitario y de la posición intelectual para alcanzar relieve político.

Cabe afirmar una vez más, que estas gárrulas vestales son psicológicamente idénticas a los oligarcas de antaño. Como éstos, hacen política en la Universidad, con la diferencia, ya que otros son los tiempos, que ahora prefieren lisonjear, no a los poderosos, sino a ciertos sectores de la multitud, la cual es actualmente el nuevo príncipe. Y, como es natural, le dicen al príncipe lo que éste sabe de antemano. Los hombres de la oligarquía porteña eran finos pirrónicos prácticos. Solían hablar con elegancia y buen sentido conservador. En los últimos tiempos caían en suave deliquio con Anatole France, quien pensaba por ellos. En cambio, el maestro llegó al escepticismo a través del dolor de pensar. La prole porteña limitóse al correteo por el Jardín de Epicuro, donde tomaban una violeta seca y se la colocaban en el frac como suprema flor de sabiduría filosófica, exenta de inquietud metafísica. Y ya sabemos, acaban siempre en muelles conservadores. No obstante, esta oligarquía hizo alguna cosa estimable; por ejemplo, infundió en nuestro espíritu un cierto culto de la tolerancia, que es uno de los rasgos más simpáticos del espíritu argentino y, sobre todo, porteño. Este pirronismo práctico, con complicacio-

nes estéticas, no fue sino un ulterior refinamiento impuesto por la cultura de París a la vernácula viveza criolla, la cual está hecha de felinidad india y grave socarronería andaluza. Todo ello, por supuesto, elaborado con elementos de psicología de rica ciudad portuaria. Semejante tipo es la expresión social selecta del auge frumenticio del país. Resulta algo así como si el viejo Vizeacha hubiera hecho múltiples viajes a París, entregado, como se comprende, a giras levemente ascéticas.

¿Qué le place a esta fina aristocracia frumentaria? El enriquecimiento fácil, gloria del 90; el brillo mundano y la posición política. Es, por ende, una generación esencialmente pragmática, y si, por ventura, llega la obra intelectual, pergeña libros exentos, por lo común, de sustancia intrínseca y con cierto aire de rica colonia emancipada. Cuando deja la política es para caer en el diletantismo de la ciencia. Por eso —hay que decirlo siquiera de paso— nada existe más impresionante que el maravilloso caso de nuestro grande Ameghino. Poco vale su filosófico credo, elemental arreglo materialista, a base de gruesa cosmología haeckeliana, pero cumple ponerse de pie ante su ingente obra científica, a duras penas realizada durante épocas en que, por lo general, sólo gozaban de predicamento, coroneles, abogados y estancieros. Mas no basta la admiración intelectual. La maravilla sube de punto ante la singularidad de su temperamento moral, pues sintió como nadie el valor del saber científico cuando pocos, muy pocos lo sentían en medio del monótono pragmatismo de sus contemporáneos. Tal es, en síntesis, el balance espiritual de la generación del 80, si ponemos en su conciencia una honda mirada crítica. Tuvo, sin duda, sus méritos tan positivista época, pero careció de los que hacen el espíritu de una verdadera Universidad. Entiéndase bien que no pretendemos juzgarla por las cualidades que no ha tenido; dentro de su época, es humano admitir que fue lo que pudo ser. En cambio, cumple no tomar demasiado en serio a la prole intelectual que dejaron. Nos referimos a esa progenitura, precisamente, porque de los padres no

tiene sino los defectos exacerbados; entre otros, el sentido radicalmente pragmático de la cultura superior y desinteresada, cual corresponde a los últimos treinta años. Esta prole es tan política como sus padres, y se cree diversa porque ha trocado el pragmatismo oligárquico por la retórica demagogia. Ambas, pues, tienen un común denominador: la política les interesa más que la cultura. La primera fue amablemente pirrónica y utilitaria. No cultivó el tono apostólico. La segunda vocifera su hipérbole política. En otros términos, se diría que el viejo y fino Vizcacha se ha transfigurado en hierofante de la calle con sede en la Universidad. Extraño destino el de nuestra mentalidad: no sabemos salir del catolicismo heredado, sin caer en el positivismo pragmático; ni abandonar la incredulidad sin entregarnos a la retórica del idealismo sin ideal fundado.

Todo ello nos lleva a esta conclusión: de predominar las interpretaciones políticas de la reforma corremos el riesgo de que la llamada nueva Universidad sea tan frágil como la anterior. No habrá nueva universidad, o mejor dicho, de veras Universidad, mientras no tengamos en el país un rincón donde la mente argentina pueda funcionar como hogar de los supremos valores del espíritu, vale decir libre del entorpecimiento pragmatista. En mi concepto, los males de la reforma no residen en el amor al alboroto, en el vértigo electoral y otros accidentes reformistas. La causa primera de la anomalía está en la raíz misma de la forma mental argentina. Por eso empezaremos afirmando que la reforma universitaria debe ser, ante todo, una reforma de la inteligencia argentina, cumplida dentro de moldes ampliamente democráticos. Repito que no pretendemos negar la legitimidad de la política dentro de su lógica esfera. Mucho de estos hombres a quienes caracterizamos, han tenido y tienen un lícito desempeño dentro de los partidos; más aún: a veces tienen ideales realmente generosos, y todo hombre de corazón bien puesto tendrá que aplaudirlos. ¿Cómo no repudiar, por ejemplo, el imperialismo y otros casos de patología social? Con objeto de definirme, diré que yo

mismo he criticado el concepto de imperialismo; y lo hice en el Congreso Internacional de Filosofía de Boston. Todos deseamos la paz de las naciones y tenemos un vivo anhelo de progreso social. Estos ideales están en todas las conciencias y nadie podría preciarse de tener su monopolio. Pero resulta un tanto insoportable el que nos dediquemos, con motivo de las cosas universitarias, a cabalgar espectacularmente sobre creencias que nadie negaba en nuestro país. En todo caso, si hay quien siente la voluptuosidad de cultivar apostolados referentes a ideales inconclusos, bueno es que lo haga en la calle, en la tribuna o en los partidos, según corresponde a hombres de acción de auténtico fuste. Mas no se convierta la Universidad en arena política; de lo contrario, las necesidades de la acción pragmática perturbarán la específica vida de la casa. La existencia pasional sobre tales métodos traerá una recrudescencia del pragmatismo argentino en la Universidad.

## II

### LA UNIVERSIDAD Y LA EVOLUCION DEL PRAGMATISMO ARGENTINO

La Facultad de Filosofía y Letras es la primera institución académica donde comienza a alentar, siquiera en forma leve, un nuevo espíritu universitario. Con ella se inicia algo muy esencial para la Universidad y la cultura del país: el sentido lírico de la verdad. Seamos justos: la Facultad fue fundada en 1895 por un grupo de literatos y hombres públicos de filiación positivista. Eran los de sensibilidad más distinguida dentro del difuso positivismo del país. A pesar de que la Facultad, en sus primeros tiempos, no superó mucho el clima espiritual del país, en aquel momento, inmediatamente contó con el sarcasmo público, pero logró salvarse merced a la indiferencia y a la tolerancia porteña. No había motivos para alarmarse: la Facultad fue el órgano consciente del positivismo co-

mún. Se diría que mediante este nuevo instituto, el positivismo comienza a pensar sobre sí propio. De mera sensibilidad, se volvía conciencia intelectual. Ya era algo, amén de que no podía ser otra cosa. La Facultad se formó con los mejores hombres que tenía a mano. Con todo, su vida fue precaria. Cada vez que se discutía el presupuesto nacional se tramaba el aniquilamiento de la Facultad. Y así continuó vegetando hasta el año 1918. Porque, bueno es decirlo desde ahora, sea lo que fuere, la compleja realidad del hecho, es menester llegar a esta conclusión: la reforma universitaria acompaña el engrandecimiento espiritual y físico de la Facultad.

Durante los últimos diez años la Facultad dejó de ser un frágil armazón burocrático para adquirir personalidad y relevante influjo en la vida cultural del país y de la Universidad. No tuvimos aquí actos de vandalismo ni victoria de la mesocracia intelectual. Antes bien, priva un alumnado y cuerpo docente, que, por primera vez en el país, prueba la posibilidad de formar hombres, cuya conducta no obedece al motivo económico ni político. La persistencia de esta casa es casi un milagro, pues no cuenta, como otras Facultades, con el auxilio de grandes intereses primitivos, y biológicamente básicos. El progreso que ha realizado, sólo es producto de un lírico esfuerzo interior. Cultivamos pasablemente disciplinas inútiles, que, sin embargo, son las únicas capaces de dar al país una personalidad espiritual. Un pueblo sano, rico, rebosante de justicia social, etc., no pasaría de ser un caso de fisiológica felicidad bien organizada. Las disciplinas de esta casa lírica son las únicas que permiten al hombre forjarse la ilusión de que es persona. Ésta, nunca lo es más que cuando tiene el culto de la verdad libre de espíritu pragmático, aún cuando el hombre necesite, y mucho, de semejante espíritu. Los valores utilitarios no son sino medios, los cuales suponen fines, que también son valores, es decir creados por la personalidad humana para ser posible su persistencia e incremento. Esta tesis, esencial en nuestra casa, ha logrado penetrar en otras. Esta hazaña comenzó poco después de haberse iniciado en esta Facultad la

reacción contra el positivismo, el cual, como sensibilidad pública, fue combatido, y también, sobre todo, como doctrina oficial.

Esta crítica alcanzó a otras facultades del país, especialmente a la Facultad de Ciencias de la Educación de La Plata. No obstante todo lo que se diga, puede afirmarse que la Universidad de La Plata fue una nueva plaza fuerte del positivismo. Tal ha sido su carácter a pesar del muelle misticismo de su ilustre fundador, quien prestó apoyo al decadente normalismo comtiano y admitió la supresión de la filosofía del derecho en la Facultad de Ciencias Jurídicas. Se replicará que existió en esa Universidad una ordenanza según la cual todos los estudiantes, cualquiera fuere el título, debían aprobar dos materias humanistas en la Facultad de Ciencias de la Educación. La cosa no pasó de proyecto; en cambio, cumple recalcar la ausencia de materias fermentales en las Facultades de mayor influjo social. Sólo después de la reforma conseguimos transformar la Facultad de Ciencias de la Educación en Instituto Superior de Humanidades. Entonces dejó de ser la catedral del método absoluto. Notorio es que en nuestra Facultad, el profesorado secundario está subordinado al doctorado. Nuestro lema es: Primero saber, luego enseñar, si hay vocación docente. Por eso en nuestra Facultad el positivismo fue resistido a pie firme. Lo encontramos objetable no sólo como doctrina filosófica porque destruía los problemas cardinales del espíritu, sino también porque, a fuerza de grueso agnosticismo, agravaba los defectos de la mentalidad argentina.

Frívolos historiadores del espíritu filosófico en la Argentina, han descubierta que la generación de Caseros fue positivista. Nada más inexacto. Otros aseguran que fue socialista, y así lo creen porque esta palabra califica el dogma de Echeverría, olvidando que el adjetivo, en aquellos tiempos sólo significaba amplia democracia. En Echeverría esta democracia es siempre de tipo individualista y liberal, fundada en una filosofía oriunda del racionalismo francés del siglo XVIII y rectificada luego por los historicistas del romanticismo. El iluminis-

mo francés, en su forma absoluta, entre nosotros termina con Rivadavia, admirador de Bentham y amigo del célebre ideólogo Destutt de Tracy. Esta ideología es rectificada por la generación de Echeverría, cuya obra práctica culmina en la Constitución Nacional. La Asociación de Mayo fue hija del romanticismo, cuyo sentido histórico adoptó para reconocer el valor de los factores locales en la génesis de la legislación. Por eso surge una nueva manera de considerar el federalismo, pues desde entonces se lo tiene por una expresión de la tierra de la Historia Argentina. Vico y Herder, conocidos, directa o indirectamente por algunos miembros de la Asociación de Mayo, refinaron el sentido histórico en la ideología política del país. Tal es el mérito de Echeverría. Alberdi convirtió en luz lo que era calor difuso en Echeverría. Todos estos hombres mucho deben a las germánicas filosofías de la historia puestas de moda en Francia por Cousin. De modo, pues, que la mentalidad de estos grandes hombres es esencialmente romántica, al revés de lo que ocurrió con la generación de Mayo, cuyo iluminismo es bien evidente, teniendo sus representantes en Belgrano, Moreno, Monteagudo, Lafinur, Agüero, Alcorta y Rivadavia. Todos ellos profesan la ideología del siglo XVIII, sobre un fondo de metafísica espiritualista, cosa que ocurre con el mismo Condillac, autor admirado por la mayoría de nuestros iluministas. Echeverría, Mitre, López, Sarmiento y Alberdi sufren, por el contrario, los influjos de la reacción del historicismo romántico, motivo por el cual tratan de reorganizar el iluminismo de Mayo. En rigor, ninguno de ellos es filósofo, pero en el fondo de sus creencias políticas se columbra la metafísica de espíritu romántico. Es natural que no les sobre conciencia filosófica, puesto que ellos son hombres de acción en trance de organizar el país. Todas las oscilaciones deístas y panteístas de la metafísica romántica hallan eco en estos autores. Les pasa lo que a Leroux, admirado por Echeverría, y es sabido que el autor francés era secuaz de Schelling y de Hegel. Por eso todos ellos hablan de Dios, pero no saben dónde ponerlo.

Mayor claridad hallamos en esos autores cuando pasamos al aspecto práctico de las doctrinas filosóficas. Cobran mayor importancia los economistas y los filósofos del derecho. De ahí la influencia de Lerminier, teórico de la naturaleza del derecho y vinculado a una metafísica espiritualista. Será uno de los maestros predilectos de Alberdi, quien, lo mismo que todos sus compañeros, no piensan por pensar sino para obrar. Esta generación, sin duda la más ingente que ha producido el país, es también pragmática, aunque de modo superior, puesto que le sobra riqueza espiritual, probando así que es hija del romanticismo. En medio de su afán pragmático, a menudo brota una intuición que vale por sí misma. He ahí porque "Facundo", libro escrito con designio práctico, resultó una maravilla de intuición, precisamente de esa intuición exaltada por la ideología romántica de la escuela histórica contra el iluminismo del siglo XVIII, que fue esencialmente anti-histórico por exceso de seco racionalismo. Quiere decir, que la mentalidad de Caseros no es positivista sino romántica. El positivismo, tomada la palabra en sentido crítico, es actitud mental del 80. Si no lo parece a los ojos de ciertos críticos, atribúyase la ilusión al espíritu de propaganda y efectividad de la escuela de Echeverría, pues, como dijimos, escribía libros de acción. Se dice que Alberdi y Sarmiento citan a Spencer y a Taine. Ambos autores están vinculados al romanticismo, que Taine conoce por Cousin, Hegel y otros; Spencer siente el mismo influjo a través de Coleridge y Carlyle. Taine crea su teoría del ambiente, tomándola de los filósofos de la historia. Montesquieu no es sino el precursor de la doctrina. En nuestro país se ha dicho que Sarmiento fue precursor de Taine, cuando, en realidad, ambos proceden de la misma fuente. Herder, que teorizó sobre la doctrina del medio, está de moda cuando Echeverría se halla en París. De modo que Sarmiento y Alberdi, cuando llegan a conocer a Taine y Spencer, admiten en ellos precisamente lo que esos filósofos tomaron de las románticas filosofías de la naturaleza y de la historia.

La forma romántica de la ley del progreso sufrió el mismo destino en manos de Comte y Spencer. Nuestros románticos mencionan a Vico; por eso creen que hay una manera típicamente argentina de cumplirse la ley universal e inmanente del progreso. Así se explica que Echeverría y Alberdi hablen de la necesidad de organizar una Argentina concebida como la realización original y local del progreso del universo. Como esta tesis implica tener un sentido completo de los fenómenos históricos, se cayó la ilusión de que eso era positivismo, cuando en realidad, sólo se trataba del aspecto empírico de la teoría que luego en Hegel se llamará del universal concreto. Los románticos jamás confundieron la ciencia de la naturaleza con la ciencia de la humanidad; al contrario, prefirieron, por sugestión panteísta, humanizar la naturaleza.

Quizás todo esto pudiera parecer digresión pero no lo es. Me explicaré. Se ha pretendido que Alberdi es responsable de nuestro utilitarismo, alegándose que la Universidad fue alberdiana hasta el momento de la reforma. Por tanto, va de contado, dicen, que Alberdi es positivista. Se agrega que Alberdi proclamó el materialismo histórico. Nada más inexacto. El factor económico es valorizado por Alberdi, precisamente porque el historicismo consideró lo físico y lo económico como elementos particulares de un proceso histórico de carácter universal. Las verdaderas creencias filosóficas de Alberdi están en el "Fragmento preliminar", trabajo un tanto informe y a veces ingenuo, pero lleno de puntos de vista personales, pues no es exacto que siga literalmente a Lerminier. El "Fragmento preliminar" presenta un sentido muy vivo de los fines del hombre tal como los entiende el espiritualismo francés a la manera de Cousin, Jouffroy y otros. Se trata, pues, de un libro que nada, absolutamente nada, tiene de materialismo y positivismo. Lo mismo dígase de Sarmiento. No confundamos tal o cual amago de panteísmo con el materialismo o el positivismo mecanicista. El elogio de Sarmiento a Darwin no prueba sino que él estaba preparado para comprender la teoría de la evolución,

la cual está en las románticas filosofías de la naturaleza. Tal el caso de Schelling y de su discípulo francés Quinet, traductor de Herder en 1828 y muy leído entre nosotros.

Los que han visto en Alberdi un causante de la Universidad utilitaria, no saben sino invocar "Las Bases" y tal o cual aforismo portátil e impulsivo, que tanto abunda en Alberdi, en lugar de juzgarlo por sus creencias fundamentales y permanentes. "Las Bases" sólo presentan la organización de una gran política de medios destinados a realizar ciertos fines en un país desierto, y es natural que los medios han de ser esencialmente de tipo teórico. Pero jamás deja Alberdi de subordinar la técnica a un sistema de fines tal como se les declara en el "Fragmento preliminar". En esta obra Alberdi determina el ideal de una civilización espiritualista y en "Las Bases" organiza los medios constitucionales. Por eso tiene un concepto instrumental de la riqueza, que según él debe someterse a fines que la trascienden. Si algunos creen lo contrario, el error se explica por la siguiente razón: en "Las Bases" no había por qué insistir sobre los fines, puesto que al respecto todo estaba ya dicho en el "Fragmento preliminar". Bastaba, por tanto, con insistir sobre los medios, puesto que Caseros acaba de cumplirse. Había llegado el momento de hacer una constitución y no de disertar prolijamente sobre el fundamento filosófico de la vida. La insistencia sobre la política de los medios, tal como surge en "Las Bases", dio la ilusión del materialismo de Alberdi.

Otra causa de error reside en confundir al alberdismo con su degeneración por obra y gracia del positivismo del 80. Alberdi no tiene la culpa de que sus discípulos hayan hipertrofiado la política de los medios a costa de los fines, precisamente cuando en el país comienza a cundir los nombres de Spencer, Comte, Lombroso, Haeckel, etc. Ello prueba que después del 80 el liberalismo argentino deja de ser romántico para volverse positivista. El romántico dura hasta el 80, el positivista hace que el liberalismo abandone la vaga base espiritualista de

la época romántica y se entregue a una especie de materialismo vergonzante, de gran influjo oficial hasta hace pocos años y cuya última expresión tardía fuera el difundido publicista José Ingenieros. No confundamos, pues, a Alberdi con su prole espuria. Pero no es menos cierto que, tanto la generación de Caseros como la del 80, tienen de la vida mental superior un concepto predominantemente pragmático, muy explicable en Alberdi porque, dada la naturaleza de los tiempos, buscaba un máximo de inmediata eficiencia civil. Menos justificable fue el espíritu pragmático del positivismo, el cual enervó la conciencia de los problemas filosóficos. Ni siquiera fue vigoroso como positivismo, pues, todo se redujo a algunas aplicaciones metodológicas sobre ciencias sociales. Por él cunde más que nunca en nuestro país el horror a las ideas. La burguesía portefaña prefiere el arte, por lo que tiene de sensualidad suntuosa. En los últimos años, el pragmatismo argentino comenzó a tener inquietudes idealistas, pero ya veremos cómo será siempre el mismo idealismo de espíritu pragmático. Por lo que toca a las modalidades que este fenómeno asumió en la Universidad, y muy especialmente en las Facultades de Filosofía y Letras y de Derecho, nada más oportuno que recordar las aventuras del Colegio Novecentista, que vale la pena comentar, siquiera brevemente, pues están vinculadas a una de las maneras menos absurdas de entender la reforma universitaria, puesto que se trata de reemplazar la interpretación política por la cultural.

### III

#### LA ESENCIA DE UNA NUEVA UNIVERSIDAD

Permítasenos traer a cuento algunos antecedentes, puesto que el novecentismo universitario no fue sino un episodio de las luchas del positivismo oficial que se estilaba en la Facultad de Filosofía y Letras, allá por el año 10. Un buen día llegó Ortega y Gasset (1916) y nos trajo la filosofía alemana actual

envuelta en píldoras estéticas. Fue todo un acontecimiento, puesto que nosotros, del pensamiento alemán no conocíamos sino los grandes clásicos, especialmente Kant, cuya lectura nos recomendaba el Dr. Rodolfo Rivarola. Ingenieros, en cambio, nos aconsejó que no lo leyéramos, porque era pura metafísica. Ortega y Gasset mereció la simpatía de los jóvenes y la reverencia helada del mundo oficial. ¿Qué dijo Ortega y Gasset? Su lenguaje era deslumbrante, y de cuando en cuando, entre metáforas espléndidas, encontrábamos el nombre de algún filósofo alemán contemporáneo y algún concepto despectivo para el positivismo. Empero, la conversación personal era sobremanera sabia. Fuera de dudas, Ortega y Gasset es un gran maestro de inquietudes finas. Asistíamos al tenaz trabajo interior de un pensamiento personal, y en este espectáculo hallábamos el más alto valor educativo de la obra de Ortega y Gasset en la Argentina. Nos trajo, en una palabra, la nueva sensibilidad, que desde hacía algunos años ya se preludiaba en el país, especialmente en la Facultad de Filosofía, aunque jamás habíamos sospechado la posibilidad de convertir esa nueva actitud intelectual en cosa de políticos.

Cuando partió Ortega y Gasset, nos encontrábamos sin ningún pensamiento filosófico concreto, pero quedó la moda de la filosofía y en algunos una sed filosófica. Bien o mal, era menester saciarla de algún modo. En los más, todo degeneró en retórica confusa, a causa de nuestra orgánica incapacidad para comprender este pensamiento de Pascal: "No estimo sino a los que investigan gimiendo". Por fin, a mediados del 17, si mal no recuerdo, algunos jóvenes vinculados a la Facultad de Filosofía y Letras, entre otros el más brillante, José Gabriel, lanzaron la idea de fundar un colegio novecentista, adjetivo éste compuesto por Eugenio D'Ors para simbolizar la reacción de la ideología del 900. Los miembros del colegio solicitaron mi colaboración, pues, al parecer, no se entendían sobre el concepto del novecentismo. Excepción hecha de algunos jóvenes bien intencionados y ávidos de crearse la cultura severa,

la única idea clara que hallé en algunos de ellos, fue la codicia de la presidencia del colegio y el afán de figuración. En seguida descubrí que el colegio se esbozaba como un criadero de pequeños maestros de la juventud. Con objeto de concretar, se propuso la celebración de reuniones mensuales en la Facultad para discutir algún tema filosófico esencial. Además, se fundó un seminario de filosofía, destinado a estudiar los problemas filosóficos a la luz de la filosofía contemporánea. En el seminario se tuvo especial cuidado de profundizar a los grandes positivistas, pues era cosa clara que los novecentistas no conocían los fundamentos del execrado positivismo. Más aún: bien sabíamos que la mayoría de estos jóvenes idealistas seguían teniendo la sensibilidad positivista de siempre. Al poco tiempo la experiencia demostró que los más odiaban el estudio severo. Preferían la vida espectacular. En lugar de hacer un detenido estudio del pensamiento contemporáneo y de los fundamentos, prefirieron dejar sonora constancia pública de que eran novecentistas. El parecer les interesó más que el ser. Como se ve, nuestra juventud no conseguía cambiar de espíritu. Se hacía idealista con la misma ligereza con que, otrora, se entregó al positivismo. En síntesis, el novecentismo incipiente no fue sino una manera de cambiarle de postura a nuestro endémico diletantismo.

Empero, las ideas siempre son fecundas, así sean frívolas, no todo fue fracaso. Ya veremos cómo algo se cosechó en medio de esa pequeña trifulca filosófica a base de verbalismo juvenil, pues de todo ello salía un conato de reacción contra la prole argentina de Mr. Homais. No se crea que el asunto se redujo a permutarse vanidosamente pueriles filosofías. Llegó un momento en que el juego intelectual y el metafisico en torno de un banco de la Facultad, se trocó en una cuestión realmente ardua. Acababa de estallar la huelga universitaria de Córdoba. Inmediatamente los elementos liberales del colegio aplaudieron el movimiento, resolviendo enviar un telegrama de simpatía. Esta actitud fue provocada en virtud de las

manifestaciones discretamente católicas de algunos miembros del Colegio, lo cual determinó la reacción de la parte liberal. Entonces, más que nunca, se impuso la necesidad de definir claramente los fines del colegio novecentista. A tal efecto se realizó una reunión para fijar la idea del novecentismo, que luego fue concretada en un manifiesto escrito por mí, a invitación de los que querían estudiar sin trabas dogmáticas. Naturalmente, el telegrama cordobés y la declaración de principios del manifiesto, provocaron la crisis del Colegio. Por fin, la minoría no liberal declaró categóricamente que el Colegio debía ser católico, contra el parecer de los otros, quienes querían concebirlo como un instituto de cultura superior, pues consideraban que no valía la pena fundar un Colegio para sostener una filosofía que, de antemano, tiene resuelto todos los enigmas del universo. Permítaseme leer el manifiesto, algunos de cuyos ejemplares se han salvado merced a manos liberales, no obstante los métodos de *index*, tan gratos a los que ignoran el dolor de pensar libremente. Y el interés de la transcripción del manifiesto aumenta si se considera que, años después, las ideas contenidas en él lograron alguna eficiencia, no obstante tal o cual retoque, hasta en la formación de partidos universitarios. Tanto es así, que las ideas del manifiesto novecentista constituyen la esencia de la excelente tesis del Dr. Carlos Cossio, titulada "La reforma universitaria y el problema de la nueva generación". Cumple a mi justicia declarar que este trabajo, a parte su valentía, es de lo más inteligente que se ha escrito sobre la reforma universitaria, y lo es no obstante su ingenuo dogmatismo vertiginoso y la furia clasificatoria del autor, amén de no pocos errores de información filosófica. Esta tesis documenta, pues, la discreta fecundidad de las luchas intelectuales, así sean juego de niños, y la irradiación espiritual de nuestra Facultad sobre la de Derecho y otras, precisamente las que más necesitan de estos fermentos mentales por tratarse de institutos de gran trascendencia social y práctica. Previa disculpa por algunas expresiones donde asoma un exceso de empaque juvenil, he aquí el manifiesto:

“El Colegio Novecentista, institución argentina de cultura fundamental —inspirada en la más amplia libertad de pensamiento—, está constituido, preferentemente, por una juventud estudiosa que, descontenta de la actual cultura argentina, forjada con los elementos más caducos y sobrepujados de la expirante ideología ochocentista, invoca el advenimiento de una cultura nacional fecunda en nuevas y egregias idealidades, tal como cumple a los tiempos vigentes.

“La juventud novecentista, ante el espectáculo anacrónico y vacuo de nuestra cultura, mediatamente y sin fatuidad pueril, y lejos del ánimo el afán de agraviar, considera que, al sentirse, hoy por hoy, huérfana de condignos mentores, debe, en forma perentoria, suplirlos merced al propio aunque modesto esfuerzo autodidáctico.

“Con tal propósito el Colegio Novecentista fomentará el estudio y difusión de las formas eminentes del pensar antiguo y moderno —fuente eterna de sabiduría y condición primera de todo renacimiento espiritual—. Crearáse, así, el sentido histórico, de tan evidente carencia en nuestra cultura. Y también, con intención de socavar el mentado anacronismo cultural que nos aflige, el Colegio procurará difundir el conocimiento de las manifestaciones más nuevas y cardinales del saber contemporáneo. De tal manera, se contribuirá, con esfuerzo predilecto, a renovar y dignificar la vigente cultura argentina, repudiable, salvo tal o cual excepción —diremos insistiendo—, no sólo por hallarla, si en conjunto se la mira, desprovista de viril espíritu ético, sino también en virtud de su evidente aspecto arcaico y ya intolerable frivolidad y diletantismo.

“Por el hecho, pues, de aspirar, dentro de la modestia de sus medios, al surgimiento de una cultura nacional rica de universalidad, información amplia, espíritu hondo, austero y progresista, el novecentismo argentino es, ante todo, idealismo militante”.

“En el terreno teórico, ya que el punto de vista doctrinario es ineludible, el Colegio considera novecentista toda actitud que afirme, tácita o explícitamente, el carácter sustantivo de la personalidad humana —raíz de todo valor, y, por ende, valor supremo—. Es el mínimo de doctrina que el novecentismo solicita al adepto, cualquiera fuere la individual teoría filosófica, ética, estética o política profesada.

“El Colegio, por ello, simpatiza, dentro de aquel criterio, magüer accesorias discrepancias doctrinarias, con toda filosofía o forma cultural que implique poner límite —sin negar, claro está, el valor del determinismo científico en su legítima esfera—

a la interpretación absolutamente mecánica del universo, con preferencia en lo tocante a la psiquis humana y al mundo histórico, y propenda, por tanto, a definir la persona en término de libertad.

“El Novecentismo, pues, negativamente, importa una reacción contra las formas superadas del positivismo —aún endémicas en nuestro país—, por lo que él tiene de materialismo vergonzante, de dogmática metafísica mecanicista rebosada de ciencia. En suma: El Colegio reaccionará, diremos hablando en términos técnicos, contra toda especulación inmune de espíritu gnosológico y axiológico y contra cualquier filosofía que afirma, directa o indirectamente, el carácter epifenoménico de la personalidad humana.

“Colítese, pues, que el Novecentismo, positivamente, acorde con lo más selecto del pensamiento contemporáneo, proclama, cual postulado ineluctable de todo esfuerzo espiritual, la sustantividad y valor hegemónico de la personalidad humana. Es, por consiguiente, no una actitud dogmáticamente idealista, sino una presunción vehemente de idealismo, que el Colegio, con objeto de garantizar a sus miembros un maximum de libertad doctrinaria, sólo formula en espíritu, es decir, como una aspiración plausible surgida sobre las ruinas del positivismo materialista o energético y de otras filosofías que, consciente o inconscientemente, socavan la personalidad y el mundo de los valores”.

Fenómeno curioso: la penetración clerical, representada por ciertos jóvenes entre los cuales había algunos de cuya inteligencia y buena fe no cabe dudar, descubrió que el manifiesto era anticatólico porque proclamaba la personalidad humana como valor supremo. Fueron incapaces de comprender que en una institución filosófica la religión puede interesar como problema, más no imponerse a manera de única e infalible solución, amén de que cuando se adopta una fe, ella debe ser hija de una libre deliberación de la personalidad. He ahí por qué ésta es el valor previo a cualquier otro valor, así sea trascendente. El alma seráfica de los descontentos determinó un acto cuyo carácter evangélico es un tanto discutible: la minoría resolvió alzarse con el Colegio y liquidar a la mayoría de los que querían estudiar seriamente. Desde entonces la palabra novecentismo disfrutó de singular virtud irrisoria. Pero no lo lamentemos demasiado: la

realidad es más irónica que Voltaire. Al cabo de algún tiempo los victimarios del Colegio resolvieron disimular su fe equívoca, dedicándose a la elaboración de elementales ideologías imprecisas. El novecentismo degeneró en política y en mística literaria. Algunos de sus cultores tomaron la fisonomía de Jesús, procurando estilizarla hasta esbozar un parecido con Lenin. Luego le pusieron entre manos una bandera color de cielo, cuya asta ostentaba algunos moñitos de rojo pálido. Todo esto sería muy divertido sino tuviéramos una nueva prueba de nuestra orgánica incapacidad para pensar seriamente. Y lo más grave es que estas viarazas de misticismo político acaban por poner en ridículo el esfuerzo hacia una cultura superior. Por lo menos, no filosofaban. Les placía disfrutar su vanidad a secas. Actualmente en cambio, se prefiere el vacío lleno de retórica, con tal o cual trocatis propios de una mala digestión del germanismo de Madrid. Estos jóvenes no logran comprender que no se puede filosofar jugando con las fáciles fórmulas de Eugenio D'Ors, de notoria decepción cordobesa, y que no menos peligrosas son las de Ortega y Gasset. No saben que la claridad, como alguien dijo, es la honradez del pensamiento. Si no se la cultiva, córrese el riesgo de que nuestros filósofos de la reforma universitaria se pascen la vida ordeñando el aire.

Atento a lo dicho es obvio decir que, a nuestro modo de ver, la reforma universitaria en la Argentina, como en cualquier país nuevo, no puede ser sino primordialmente una reforma intelectual. Y digo países nuevos, porque los defectos de nuestras Universidades difieren en mucho de los presentados por las europeas o norteamericanas. Verdad es que, también, diferimos en las cualidades. Breguemos, pues, por adquirirlas, eludiendo las taras universitarias de los países cuyas deficiencias se explican porque tienen demasiada historia. Les sobra prestigio, pero, también, cuentan con todos los tóxicos del pasado. En las viejas universidades de Europa alienta un vigoroso sentimiento de la verdad, pero está perturbado un tanto por factores históricos. Aquí, al contrario, no abundan los tóxicos de la historia, pues es breve y tenemos, en general,

un débil sentimiento de la verdad pura, que es el elemento de la existencia universitaria. Por eso se explica que la reforma de la Universidad en nuestro país tiene caracteres muy distintos de los que hallaríamos en las Universidades europeas. Lo cierto es que allá comienza por haber Universidad, puesto que tienen una enérgica vida intelectual autónoma. Nosotros tenemos buenos armazones burocráticos que dan esencia a la Universidad. He ahí porque insistimos que, en nuestro país, la reforma universitaria es, ante todo, una reforma intelectual.

Para lograrla sólo será menester crearle a la Universidad un espíritu eminentemente democrático en función de la ciencia y no de la política. Todas las virtudes que se le exigen a la reforma no pueden ser, sino consecuencia de esta tesis. Y no se pretenda que esto es intelectualismo. En todo caso, aunque lo fuera, siéndolo dignamente no cabe el despectivo, pues la Universidad supone a la inteligencia como órgano esencial del saber. Los que sueñan con una Universidad política, "reaccionaria o revolucionaria", en el fondo son escépticos utilitarios, cosa frecuente en los temperamentos pragmatistas. Con razón se ha dicho alguna vez que el pragmatismo de William James es una especie de escepticismo heroico. Los políticos de la reforma suelen explotar una malhadada fórmula de Ortega y Gasset: "vida sin cultura es barbarie; cultura sin vida es bizantinismo". Suponiendo que esta fórmula sea exacta, ¿de dónde ha salido? Declararla filosóficamente exacta de vida o de pensamiento. Cuando la vida determina su propia naturaleza, ya no es vida, en el sentido biológico del término, sino espíritu racional. Y si se dice que el espíritu también es vida, entonces está demás andarse con equívocos, pues la cultura es la vida transfigurada por el pensamiento, sin el cual, el espíritu carecería de objetividad. A menos que no se le llame cultura a la erudición, la cual, no es cultura, sino materia para cultura. La erudición es mero combustible que se arroja en el fuego del pensar. De no ser así, la erudición o sea saber inorgánico, no pasa de pedantería, que es el orgullo de la materia de la

cultura y no de la cultura misma. Una erudición sin íntima vida mental es puro automatismo, vale decir, forma inferior del espíritu. El bizantinismo puede ser una enfermedad de la cultura, pero es superior a la erudición, pues aun conserva un sentido de problemas pequeños o artificiales, pero al fin problemas, lo cual comporta una cierta inquietud mental aun cuando caiga en una hipertrofia de los medios a costa de los grandes fines de la cultura. Las vaguedades retóricas del vitalismo contemporáneo nos están llevando a una nueva cultura bizantina, que no será la pedantería del cerebro pero de hecho corre el riesgo de convertirse en una pedantería de la médula, a la fuerza de querer exaltar a Don Juan frente a Sócrates. Es, precisamente, lo que ha hecho Ortega y Gasset. Como suele ocurrir, los discípulos han abusado del pensamiento del maestro, usando la fórmula para renegar de la cultura superior como digna de atención libre de preocupaciones pragmáticas. Entonces los doctores de la nueva generación pensaron que si la cultura sin vida es bizantinismo lo más práctico será entregarse a la acción. Bien se ve que el semivitalismo de Ortega ha servido una vez más para agudizar nuestro orgánico pragmatismo. Una cultura anti-intelectualista podrá ser profícua en Europa, donde hay exceso de pensamiento a veces hermético y aséptico por demás, más no en nuestra Universidad donde no existe predominio de espíritu especulativo. Reconocemos que la Universidad debe tener un espíritu ampliamente indicativo, mas no ejecutivo. Fuera absurdo preconizar una Universidad impermeable a las inquietudes del mundo. Todos los problemas deben llegar a la Universidad, todos, aun los llamados peligrosos, precisamente porque los problemas constituyen el motor espiritual del pensamiento. Los problemas nunca son peligrosos. Sólo hay peligro en adoptar automáticamente tal o cual solución. La universidad no debe ser órgano de ninguna creencia caduca, ni de creencia pasional alguna. ¿Habría cosa más absurda que la de una Facultad de Ciencias Exactas convertida en plaza fuerte de una geometría euclidiana?. Pero no lo sería menos, so pretexto de novedad, adoptar como

verdad oficial la geometría no euclidiana. Ambas actitudes son igualmente funestas y estériles, pues ellas matan el espíritu de libre investigación. ¿Acaso no fue este mismo espíritu el creador de ambas teorías? ¿Qué es más esencial para la existencia de la Universidad, un fecundo sentimiento de los problemas o el fetichismo oficial de determinadas soluciones? Sin duda, las soluciones son útiles, pero la fecundidad práctica de las soluciones no es siempre cosa de la Universidad, sino del ingenio técnico y de la acción legislativa, verdad que sube de punto cuando se trata de cuestiones singularmente discutibles y apasionantes. Una Universidad que acentúa más el espíritu de solución que el de problema, enerva su dinámica creadora, y en definitiva aniquila la posibilidad de nuevas soluciones. Vaya un ejemplo: la negación de Mach, inspirada en Hume, socavó los conceptos de espacio y de tiempo absoluto, hasta entonces doctrina oficial. Sin Mach, probablemente no tendríamos a Einstein. Lógico es, pues, reconocer que la Universidad acumula el saber, lo elabora, crea y difunde, pero sin eludir jamás el espíritu de fermentación mental, creador de nuevos problemas. La base filosófica de la Universidad más está en el culto de los valores cardinales del espíritu, que en las formas contingentes de esos valores. El sentido de la ciencia se manifiesta creando doctrinas, pero éstas no pueden absorber la virtud creadora del espíritu. El creador no debe perecer en la criatura. Las verdades viejas colaboran en la creación de las nuevas. Son momentos distintos de un mismo esfuerzo, mas ningún momento, así sea el más grande, tiene derecho a hipostaciarse aniquilando la virtud evolutiva. Irrisoria resulta la actitud de aquella universidad norteamericana, por suerte sin importancia, que pretendió prohibir la exposición de la doctrina de Darwin. Ello es tan absurdo como convertir el darwinismo en verdad oficial. Sin embargo, tal es la pretensión implícita en la idea de universidades confesionales. El que dice Universidad protestante, católica, bolchevique o fascista, comete un *contradictio in adjecto*. Se trataría de pretendidas universidades fundadas en so-

luciones definitivas, olvidando que la solución, como la misma Universidad, no es sino un episodio en la irrestañable fluencia espiritual del hombre. Podrá el episodio durar siglos, pero no por eso se hará menos contingente. No troquemos pues una solución, por más grandiosa que sea, en esencia eterna de la Universidad del espíritu humano. Si bien se mira, semejante actitud aniquilaría la libertad del pensamiento, sin la cual se quiebra la personalidad humana. No se comprende cómo el hombre podría ser persona si se le automatiza merced a una doctrina por más gloriosa que sea. Claro está que al hablar de libertad de pensamiento no nos referimos sólo al derecho a la expresión pura de las convicciones, sino, también, y de modo firme, a la libertad con pensamiento, pues no hay libertad de pensamiento sin pensamiento alerta de la íntima libertad. Abunda cierto tipo de libre-pensador incapaz de comprender que hay la libertad hegemónica, raíz de todas las libertades posibles, la libertad del espíritu. Se puede vociferar la libertad y ser un autómatas más o menos consciente. No basta el culto de la libertad; se necesita repudiar toda la filosofía que, directa o indirectamente, niega esa libertad que es la libertad de las libertades, pues sólo mediante ella el hombre es persona y no autómatas. Entre nosotros pulula el tipo de positivista diestro en gritar la libertad, no obstante sostener una filosofía mecanicista. Jura en nombre de Hegel y Le Dantec, cuyos sistemas son resabios de viejas metafísicas mecanicistas que convierten al hombre en un autómatas más o menos complejo y distinguido. Pero la libertad se venga: sólo un espíritu libre podría negar la libertad, y ningún valor tiene esa negación puesto que ella vale lo que vale la libertad del que la niega. No se puede definir, pues, la persona humana sino en términos de libertad, y esta íntima libertad es la condición filosófica de todas las libertades jurídicas que claman o niegan los políticos de todo pelaje. No sólo se puede quebrar la libertad desde afuera, sino, también, por dentro. Quebrar la libertad interna, alma de la persona, he ahí el papel de la creencia sectaria, sea del color que fuere.

Bien se colige, por ende, que una Universidad dispuesta a colgarse al flanco un enorme epíteto sectario, por más noble que fuere, caerá en virtud del peso mismo de la creencia petrificada. Indispensables son las creencias, puesto que el espíritu al pensar, juzga, y el juicio implica creencia, pero una cosa es la creencia elaborada con pena fecunda en un ambiente de libertad anémica, y otra, muy clara, la maniática afirmación sectaria que con su aire de fruto monstruoso derrumba el propio árbol creador. La personalidad vive, sin duda, en sus valores; pero la fuerza creadora vale más que lo creado. He aquí el único principio vital de una verdadera Universidad que, por serlo, es libre, esencialmente libre, aun siendo Universidad oficial. Un instituto universitario no debe creer definitivamente sino en aquéllo que es condición absoluta de su existencia. Por ejemplo, ante todo tendrá fe en el pensamiento humano y en la índole democrática del espíritu, el cual sólo es espiritualmente aristocrático cuando logra el sentido de su esencia absoluta, que es la libertad. La aristocracia del espíritu no es otra cosa que la conciencia de esa libertad. Esta aristocracia está al alcance de todo hombre. Para tenerla le bastará con erigirse en persona, que es el deber de todo humano, si quiere ser tal. Fuera de eso no hay sino automatismo, al cual ni siquiera escapan los ideales cuando no han sido elaborados libremente por la personalidad. Semejante automatismo es, precisamente, lo que fundamenta la Universidad sectaria. Toda su pedagogía se base en el abuso maquiavélico de la plasticidad del espíritu estudiantil. Allí está la esencia del método jesuítico. Algo valen, por la fuerza de las cosas, los métodos relativamente dogmáticos en la enseñanza primaria y, con menor dosis, en la secundaria, pero bajo ningún concepto en la universitaria. Sin embargo, tal es el espíritu de la Universidad organizada por Napoleón, Lenin y Mussolini.

Ellos también, como los jesuitas, creen que la mentalidad del estudiante es un pedazo de roca trocable en forma automática a golpe de cincel sectario. Es la santa extorsión pedagógi-

ca del Estado en homenaje a un credo político, cuyos cultores, con dogmatismo intrépido, creen ser lo único y sacrosanto. Nada más temible y mortífero para la Universidad, que estos ciegos místicos de la propia fe. Puede ser admisible que la técnica revolucionaria aspire, dada su lógica, a destruir la forma política ajena, pero esa no es razón filosófica para que el vencedor imite la lógica del vencido. La fe política, aún cuando sea la más fanática y se identifique con la Providencia, no tiene ningún derecho para trocar la Universidad en órgano de una clase, aun cuando se trate de una clase empeñada, con razón o sin ella, en identificarse con toda la sociedad. El mundo social es espíritu, pero el espíritu es algo más que la sociedad, y ésta mucho menos que el espíritu posible. ¿Se quiere una prueba de lo que puede la política contra la cultura? Napoleón, con un maquiavelismo absoluto, pues lo aplicó a la esencia misma del espíritu, concentró implacablemente toda la enseñanza en su política. Un día, conversando con Roger Colliard, se manifestó muy satisfecho porque este filósofo atacaba a los ideológicos materialistas. Napoleón repudiaba los ideólogos porque los sabía vinculados al jacobinismo. Entonces Roger Colliard le contestó que nada ganaba la política, puesto que el Descartes explicado por él en la cátedra de la Sorbona, estaba más cerca de la libertad que los ideólogos. Ya se ve cual era el criterio de verdad filosófica de Napoleón. Actitud análoga, hallamos en Lenin, según bien se ve en su libro sobre "Materialismo y empiriocriticismo", donde todo se reduce a sostener que cualquier filosofía extraña al materialismo es cosa burguesa. La enseñanza filosófica apenas existe en Rusia. Cuando algo se filosofa es para catequizar a base de ortodoxia marxista. En punto a historia de las ideas nos encontramos con cosas singularmente divertidas. Por ejemplo: si se habla de Espinoza tiénesse la obligación de probar que el mismo panteísmo de este filósofo no es sino el reflejo del monopolio comercial burgués. Esto nos recuerda a cierto marxista que, llevado por un fanático economismo histórico, explicaba la cos-

tumbre religiosa de cremar los cadáveres por haberse encarecido el precio de la leña. Tales elegantes ergotismos tuvo entre nosotros un despejado discípulo, que explicó la filosofía francesa con análogo aticismo mental. No menos ilustrativa resulta la actitud del gobierno fascista. En el reciente volumen titulado "La civiltá fascista" se afirma con soltura impresionante, que todos los profesores tienen la obligación de rumiar el credo mussoliniano. El actual gobierno francés no oculta su ternura por la sociología positivista, aunque, no exige profesión de fe en la cátedra filosófica.

¿Qué demuestran tales fenómenos? ¿Una conclusión bien clara? La política perturba la libre investigación de la verdad. De donde se infiere que el *index* cambia de forma pero no perece. Si, a pesar de todo, en algunos de estos países la cultura logra salvarse, atribúyase tamaña fortuna al vigor del sentimiento intelectual consolidado por un largo esfuerzo histórico. De modo que la perturbación, por lo general, resulta meramente periférica. En cambio, es de imaginarse cuán grave sería el caso para nuestras universidades, que aún sufren las consecuencias de la escasa densidad espiritual del país. Porque es inútil culpar demasiado a nuestras universidades, las cuales, por lo general, son para la cultura del país lo que éste les permite ser. No hay, fuera de la universidad, mayor cultura de la que existe dentro de ella. Cometeríamos una grave injusticia si negáramos que nuestras universidades, excepto alguna, siempre han gozado de cierta atmósfera liberal. Su defecto residía en la persistencia prolongada de grupos cuya cultura, en la mayoría de los casos, era diletante y pragmática. Ni siquiera eran grupos de gran vigor científico. Los proyectos de reforma anteriores al 18 fueron lanzados contra determinados hombres, antes que a favor de un serio afán de reforma intelectual. Sin embargo, estos núcleos oligárquicos alguna vez abrieron la cátedra a hombres de ideas sociales heterodoxas. Tal el caso de la Facultad de Derecho y la de Filosofía cuya cátedra de Historia Universal estuvo a cargo del Dr. del Valle

Iberlucea. Sus cursos versaban siempre sobre la revolución francesa, que el profesor explicaba con dudosa objetividad. Otro hecho que merece señalarse: el libro del Dr. Juan Justo "Teoría y práctica de la historia" no fue sino un curso de conferencias dictado el año 1908 en la Facultad de Filosofía y Letras. Evidentemente, el sistema de renovación de autoridades era malo, pero, insistimos, había un mal más profundo que alcanzaba a la raíz misma de la Universidad: me refiero una vez más al vago y oligárquico pragmatismo de la mentalidad nacional. Este carácter proviene de la inteligencia de la colonia y después de las necesidades imperiosas de un pueblo empeñado en crearse la libertad y organizarla.

¿Qué le falta, pues, a nuestra Universidad? Lo que le falta al país: el sentimiento vigoroso de una libre cultura. Ya tiene el país hombres capaces de sentirla y practicarla. Pero, desgraciadamente, de predominar cierta interpretación dogmática de la reforma, sólo se lograría traer la recrudescencia, con otra forma, del viejo prurito pragmático. No otra cosa significaría convertir la Universidad en apéndice de un dogmatismo político blanco, rojo o negro. Aunque así no lo crean los corifeos de la Universidad política, oligárquica, confesional o demagógica, son discípulos de los jesuitas, de Lenin, de Mussolini y de Napoleón. Por otra parte, se olvida que las ideas, así sean las más puras y abstractas, pueden llevar en su seno incalculables consecuencias prácticas, aun cuando no sea lícito afirmar la existencia de un vínculo necesario entre el principio puro y la consecuencia militante. Las creencias que constituyen la sustancia ideológica de las doctrinas militantes suelen proceder de determinadas maneras de interpretar especulaciones libremente creadas. Lo mismo ocurre en las ciencias morales que en las de la naturaleza, en la filosofía como en las matemáticas. Superfluo fuera mentar el papel de la filosofía griega en la composición del cristianismo. Sin embargo, jamás ha habido una época en que el pensamiento haya trabajado y soñado con una libertad genial comparable a la de la Grecia

platónica. Tarde se ha descubierto la utilidad de la geometría no euclediana. Fue inventada por obra de la meditación pura. Muchos años después pudo Einstein utilizarla. Las necesidades humanas incitan el pensar pero no lo constituyen. El hecho de que el conocimiento tenga genealogía biológica, nada prueba contra la esencia pura del pensar. La geometría es hija de la agrimensura, pero ya no es cosa de agrimensores. La química, dicen, nació en la cocina, pero con ella tiene que hacer Berthelot; Hertz, no es Edison; Maxmel no es Mareoni, pero ellos son previos al genio pragmático.

Lo mismo dígase de las ideas sociales. La filosofía de los siglos 16, 17 y 18 llamada, especialmente la del último, iluminismo, culminó en fruto pragmático, produciendo el derecho natural, base ideológica de la revolución francesa. La romántica filosofía de la historia algo pudo sobre Marx, merced al influjo paradójico de Hegel, así como Herder y Vico influyeron indirectamente sobre el sentido histórico de los hombres de Caseros. Y vengamos a un hermoso ejemplo contemporáneo. Bergson lo mismo inspira a Sorel, filósofo intuicionista del sindicalismo, que a Le Roy, quien se empeña en dar un baño de oro bergsonianos a los dogmas católicos, siendo la filosofía de Bergson de espíritu panteísta.

Hay, pues, en el libre pensar puro una enorme e insospechada virtualidad pragmática; los espíritus de potente vocación especulativa parecen vivir en los más altos picos del pensamiento, a veces entre las nubes. Pero de cuando en cuando, desde la cumbre invisible, cae al valle de la rutina una piedra que los hombres pragmáticos cincelan con mano práctica para la reforma física y moral del mundo. Con razón la suspicacia del index suele perseguir la filosofía por más abstracta que fuere. No en vano la escuela neoescolástica de Lovaina produce cultos y tenaces críticos de la filosofía contemporánea. Se encarnizan, no tanto contra el positivismo, pues saben que éste, por su aspecto agnóstico, deja la puerta abierta para sentir lo absoluto como se quiera. Convengamos en que alguna vez

no se equivocan. Es sabido que muchos positivistas mueren pidiendo confesión. En cambio, la crítica neoescolástica agudiza su punta, sobre todo contra las metafísicas contemporáneas de espíritu panteísta, cuales son el bergsonismo o el idealismo actuales. Sacrificar, pues, el culto de la libre investigación en homenaje a la práctica mecánica o política, es una manera de enervar el esfuerzo creador del pensamiento. Ello sería grave en Europa, donde hay fuerte tradición intelectual; sería gravísimo en la Argentina donde es escasa. Los políticos que aspiran a anexarse la Universidad, proceden como esos industriales rutinarios que odian los progresos de la ciencia pura, pues ella los obliga a mudar de maquinaria. Afirmo, por tanto, una vez más, que la interpretación política de la reforma, cripto derechista o izquierdista, no haría sino exacerbar los males de la llamada vieja universidad. Por eso reitero mi tendencia a concebir la reforma universitaria como una reforma intelectual.

Naturalmente, semejante reforma supone, ante todo, la posibilidad de tener un profesorado por completo dedicado a la ciencia de la cátedra, lo cual no implica constituir una casta de hombres exentos de espíritu cívico. Cada uno, profesor o estudiante, tendrá las ideas políticas o de otro orden que le imponga su conciencia, pero a la Universidad no le conviene jamás estar a merced de los alaridos de la pasión militante. El hombre de estudio sirve a la sociedad a su modo, lo cual no implica entregarse a formas de lucha que dominarían su espíritu a costa del trabajo científico, el cual tiene también una función civil. Se le puede tener, y muy alta. Buenos ejemplos tenemos en Diego Alcorta, Ameghino, Rojas y otros tantos, quienes han servido al país lejos de las sonoras y triviales sensualidades de la vida política, donde, a menudo, en muchos el amor al bien público no es sino una forma fácil y estrepitosa del egoísmo personal, incapaz de cultivar modos más selectos de la gloria. En todo caso si existen hombres excepcionales de fuerte vocación múltiple, que no lleven a la cátedra y al gobierno universitario las querellas de su dogmatismo pasional.

No se deduzca de aquí que la Universidad deba permanecer impermeable ante los problemas suscitados por la vida contemporánea. Al contrario: cultivará una extrema y serena sensibilidad histórica y científica. Más aun: es necesario ofrecer la cátedra a cualquier espíritu eminente capaz de decir algo serio. Al respecto, nuestra Facultad ha dado buenos ejemplos, entre otros, cabe recordar un artículo de la ordenanza sobre seminarios, según el cual éstos pueden ser dirigidos por una personalidad extraña a la casa, siempre que el móvil de su conducta sea intelectual, y fueren las que fueren sus convicciones. Para actuar en la Universidad no basta tener una creencia; es necesario, además, saber presentarla con temperamento de investigador y no con obscura fe de fanático. La cátedra no es un púlpito. Se la ofrece en nombre de la verdad, no de una facción militante. Con un profesorado auténtico que, por serlo, será progresista, si de veras son profesores y mediante el seminario y la cátedra libre, queda garantizada en buena parte la renovación constante del espíritu universitario sin caer en el dogmatismo. Se trata, pues, de un crecimiento espiritual de la Universidad logrado no sólo merced de una especie de endósmosis sino, también, de exósmosis.

Pero no menos importancia tiene la acción exterior de la Universidad. Aparte de otorgar dignamente diplomas profesionales, crear diestros hombres de estudio, y apoyar el trabajo de los institutos científicos, aspectos en que descuella nuestra Facultad, tiene reconocida importancia la extensión universitaria, siempre que se la organice con eficiencia. Confesamos que la extensión, por ahora, es un tanto efectista y poco acorde con la cultura superior. Si se le imprime una forma exclusivamente popular, entonces se cae en algo que se parece mucho a una contradicción. Un estudiante no puede entrar en la Universidad sin tener aprobados los estudios secundarios. Ello significa que no siendo bachiller resulta difícil seguir un curso universitario. A menos de considerar el bachillerato como cosa superflua —lo cual tratándose del nuestro no es del todo

inexacto—, debemos convenir en que el profesor universitario tendrá que rebajar el nivel de su ciencia cuando se dedica a distribuir rudimentos. En tal caso, más valiera al Colegio Nacional la práctica de la extensión, atento que sería de toda justicia democrática poner la enseñanza secundaria al alcance de todos los humildes. Conviniendo en que existen temas universitarios susceptibles de ser explicados a oyentes sin bachilleratos, fuera además justo organizar intensamente la acción directa de la Universidad sobre los otros institutos de enseñanza, con objeto de imprimir a la extensión un carácter fermental y renovador de criterios y saber. También cabe recordar aquí que nuestra Facultad ha practicado este tipo de extensión universitaria en sus cursos para maestros y profesores, aparte la gran abundancia de conferencias dictadas para el público por obra de nuestros docentes y grandes sabios extranjeros. No menos digno de mención es la obra cultural del Museo Etnográfico abierto al público de todas las clases sociales. Respecto de la obra de investigación científica realizada por nuestros institutos, inútil fuera comentarlas, es harta conocida.

¿Qué papel cabe asignar a los estudiantes en esta reforma intelectual de la Universidad? Tocante a la Facultad de Filosofía y Letras, podemos hacer una declaración categórica: decididamente ha sido fecunda para nuestra casa. El estatuto universitario consagra la intervención de alumnos en la renovación de autoridades. Los hombres de mentalidad oligárquica ven con horror este fenómeno. Consideran este hecho como una temeraria tentativa destinada a implantar en la Universidad —mundo de valores—, nada menos que una especie de patriarcado de los impúberes. Se alarman ante los frecuentes casos de vandalismo bullicioso —que no dependen de la reforma, pues ya se producían antes—, les hiere, y con razón, el que los alumnos ponen, a veces, en el gobierno universitario a profesores notoriamente subalternos. Repito que a menudo han estado en lo cierto; pero el motivo íntimo que inspira la crítica no es el sentido del progreso intelectual de la universidad, sino

algún prejuicio personal o de clase. Sospecho que ellos también son, a su modo, maestros de la juventud. Unos quieren convertir la Universidad en una sección de tal o cual partido; los otros en una sala de selectos centros mundanos, y anhelan una disciplina como fin en sí mismo, vale decir independiente del objeto para el cual fue creada la disciplina. Esta no es sino un medio creado por la personalidad para realizar mejor su índole. Por lo tanto no cabe vaciar la disciplina de su contenido ético para trocarla en pura cáscara de un espíritu sin espíritu. Los otros se entregan a la agitación inorgánica y declamatoria, creyendo que eso es vida y progreso. En definitiva, los dos bandos siguen pareciéndose. Son hermanos, como Caín y Abel, pero hermanos. Ambos no salen del automatismo; unos tienen el de la rutina solemne y los otros el de la epilepsia pseudo-redentora. Los primeros no comprenden la importancia del fermento juvenil para el progreso de la Universidad; los segundos lo pervierten a fuerza de retórica agitatoria del más puro gusto extrauniversitario.

A poco que se medite, si el que lo hace es profesor, fácil será percatarse de la contribución que la personalidad estudiantil puede prestar a la reforma universitaria considerada como reforma intelectual. Pero, claro está, ello impone una condición: imprimir al fermento juvenil un sentido específicamente universitario. Para lo cual será necesario convencer al estudiante que el voto simboliza su eficiencia como personalidad. El voto es un derecho, pero es también un deber para con los intereses fundamentales de la cultura. Derecho y deber nada valen en sí, sino como formas de la dignidad humana. Y es justo reconocer que los estudiantes, cuando proceden por propia inspiración, rara vez se equivocan. Es ya lugar común muy invocado lo del idealismo de la juventud. Sin duda, hay idealismo, pero esto no es siempre una fuerza espiritual, sino un espejismo de su exuberancia biológica, algo así como la explosión lírica de su vitalidad. No soy pesimista respecto de la eficiencia de este idealismo. Creo en su eficiencia, puesto que

creía en la mía cuando fui estudiante. Sólo que incumbe al profesorado digno de serlo, convertir el ímpetu juvenil en fuerza espiritual.

Digamos una verdad, inspirándonos en una clara conciencia de lo relativo al esfuerzo humano. El profesor, así sea el sabio de más honda inquietud, tiende al cabo de algún tiempo a sentirse asechado por el elemento automático de la vida mental. En el mejor de los casos, corre el riesgo de hacerse un tanto impermeable ante el cambio del mundo. Suele alcanzarle quieras que no la rutinaria de sí mismo. Pero si el profesor tiene genuina fibra de tal, logrará merced a la tensión incitante de sus alumnos, evitar la petrificación académica de la ciencia. Tiene el joven un evidente poder de percepción instintiva ante la vida contemporánea. Poco importa que el calor de su videncia subconsciente no siempre logre trocarse en luz mental. Es toda una fuerza que el profesor puede convertir en conciencia y filtrarla. El alumno halla en torno de la cátedra una atmósfera cálida y estimulante capaz de hacerle sentir en lo hondo de su espíritu nuevo la eclosión de su personalidad virtual. Pero también, no es menos verdad, que el profesor mediante el alumno se eleva lo mejor de sí mismo. En cierto sentido, acaba por ser discípulo de sus alumnos, sólo que para ser alumno de los propios discípulos es necesario tener alma de gran profesor.

La educación supone esa recíproca fecundación espiritual de dos personalidades: una madura, la otra a punto de serlo. Este recíproco incremento espiritual agudiza el sentido de los problemas en la cultura universitaria, llevándonos a la convicción de que la Universidad no impone dogmáticamente creencias dogmáticas o pretéritas; más que creencias, la Universidad crea la personalidad como órgano de la creencia. Si la doctrina del maestro pareciera en la autónoma reflexión del discípulo, mejor: nunca se habría dado enseñanza más eficiente. Queda en el maestro la satisfacción de saber que el discípulo ha superado su enseñanza, precisamente por obra y gracia de la labor didáctica. De modo que, tanto el profesor como el alum-

no, habrán contribuido a evitar la degeneración académica de la verdad, y no menor sería su contribución si se establece la directa representación de los estudiantes ante los Consejos, siempre, claro está, que el fermento juvenil tenga un carácter específicamente universitario.

En síntesis, habrá una nueva Universidad cuando el profesorado lo sea totalmente de veras; cuando los estudiantes se identifiquen con la esencia de la Universidad; cuando el Estado sólo se ocupe de las Universidades para dotarlas ampliamente con objeto de procurarles edificios, seminarios, laboratorios, etc., y también, cuando, movido por un sentir realmente democrático, permita el carácter absolutamente gratuito de la enseñanza universitaria, de tal manera que la selección se haga de acuerdo con un principio intelectual y no financiero. Entonces la reforma universitaria será cultural a fuerza de ser democrática, y lo será mucho más cuando los profesores y estudiantes y hombres de estudio conciban la universidad como un instrumento destinado a reformar nuestra mentalidad colectiva, bregando por despojarla de su índole excesivamente pragmática. Se creará así una técnica propia y la inteligencia argentina habrá conseguido el sentido de la ciencia pura. Tocante a esto algo debe la Universidad a nuestra humilde Facultad de Filosofía y Letras, que no obstante lo ingrato del ambiente logró en los últimos diez años entrar en el período de madurez y fomentar el amor a la cultura integral y el sentido lírico de la verdad. Ninguna casa universitaria en nuestro país fue más precoz y tenaz por suscitar ese nuevo espíritu humanista, que nos impone concebir la renovación de la Universidad argentina como una reforma fundamentalmente intelectual, pero sólo lo será a fuerza de ser democrática, y a fe que ninguna institución universitaria hasta ahora ha conseguido realizar ese ideal en forma más intrínseca y honorable que nuestra humilde Facultad de Filosofía y Letras.

CORIOLO ALBERINI